

Introducción a *Carta a una*

Queridos amigos, me piden que escriba una presentación de la *Carta a una maestra*, pero me resulta difícil porque me parece que no soy capaz.

Por eso creo que está bien aclarar que no va ser una presentación, sino una charla con la que, sobre todo, os explicaré lo que Barbiana ha significado para mi vida.

Me interesa precisar, de hecho, que cada vez que uno de nosotros, exalumnos, habla de Barbiana da siempre una versión personal suya.

Barbiana se encuentra a 470 metros sobre el nivel del mar en la falda del monte Giovi, a 40 kilómetros de Florencia y a 6 kilómetros de Vicchio en el Mugello.

Cuando en 1954 llegó don Lorenzo era una parroquia de montaña habitada por poca gente, en casas dispersas, casi todas bastante lejos de la iglesia.

Don Lorenzo venía de Calenzano, un pueblo de la periferia de Florencia donde había puesto en pie y llevado adelante durante 7 años una escuela nocturna para jóvenes obreros y campesinos.

En Barbiana dedicó todo su tiempo a dar escuela.

Era una escuela de vida, de pensamiento, de denuncia.

Por eso era una escuela austera, pero donde todos nosotros, los chicos, sostenidos por un afecto vigilante que incluso podía llegar a la ternura, respirábamos siempre gran serenidad. El objetivo de nuestro maestro era hacer de nosotros, montañeses, tímidos e incultos, hombres libres capaces de afrontar la vida del mundo.

Nos enseñó que el estudio no debe ser un fin en sí mismo, ni debe servir para ascender, sino para luchar junto a los oprimidos y a los marginados.

Los autores de la *carta* fueron ocho chicos de 13 a 17 años, con la ayuda, sobre todo, del

cura, pero también de Adele, una profesora que pasaba con nosotros todo su tiempo libre. Al trabajo de los ocho chicos que vivían allí arriba se añadía también la aportación de los exalumnos de don Lorenzo que venían a vernos los domingos y el de muchísimos amigos de Barbiana.

El libro nació por casualidad: después de la enseñanza obligatoria dos chicos de Barbiana decidieron hacerse maestros y fueron a estudiar a un instituto de Magisterio en Florencia. Fue un trauma entrar en aquel mundo, tan diverso de Barbiana y en el que los enseñantes pretendían de nosotros todo lo contrario de lo que habíamos aprendido en Barbiana. Fue un fracaso, un año fatigoso y humillante.

Éramos tímidos e ingenuos. Al final de curso fuimos suspendidos tanto en junio como en septiembre en los exámenes de repesca.

Volvimos a Barbiana derrotados, pero con el deseo de volver a empezar.

Don Lorenzo, enfadado, nos dijo: “nos vengaremos. Escribiremos una hermosísima carta y será nuestra revancha”.

Así nació la *carta a una maestra*.

Es la historia de tantos chicos fracasados y excluidos de la escuela del Estado.

Cuenta mi historia, la historia de montañeses como yo.

En la *carta*, de hecho, se lee: “la timidez me ha acompañado toda mi vida. De chico no levantaba los ojos del suelo. Me pegaba a las paredes para que no me vieran”.

Esta timidez atenaza todavía a los montañeses y a los campesinos del mundo, personas invisibles, humildes, sin voz.

Un día, durante la redacción de la *carta*, don Lorenzo tenía necesidad de algunas informaciones y me mandó a Enríquez Agnoletti, un notario de Florencia, amigo nuestro.

Yo fui y me recibió en su despacho, pero cuando volví a Barbiana, no fui capaz de re-

...Este escrito es excepcional, porque su autor, que tiene tanto que decir, es la primera que vez que escribe y relata en primera persona una forma de competir con la vida

maestra en maltés (2008)

Enrico Zagli
exalumno de Barbiana



petir lo que el notario me había dicho. Don Lorenzo me envió otra vez a él y, por fin, logré comprender y hacerme comprender. Fue una victoria mía y de don Lorenzo.

No he llegado a ser un maestro pero, gracias a la escuela de Barbiana, he llegado a ser un hombre que sabe y que no olvida que debe vivir los problemas de los otros como *suyos*: “salir juntos es la política; solos, es la avaricia”. Día tras día, de hecho, don Lorenzo nos enseñaba a tener siempre los ojos abiertos, atentos al mundo de los demás sin ponernos nunca nosotros mismos de centro del mundo. Él, el primero, no pensaba nunca en sí mismo, sino sólo en nosotros.

Según las enseñanzas de un maestro como él, nuestra vida tendría que ser

simple y sobria y nuestras opciones, hasta las más pequeñas, deberían ser las de personas coherentes y responsables. “Cada uno de nosotros, nos decía, debe sentirse responsable de todo aquello que acontece a nuestro alrededor”. Ciertamente debo confesar que vivir como don Lorenzo me ha enseñado me parece muchas veces muy difícil, pero cada vez que tengo la tentación de rendirme, de “olvidar” Barbiana y su maestro, no puedo no sentir disgusto. Yo sé bien, de hecho, que vivir en contradicción con aquella enseñanza sería como vivir en contradicción conmigo mismo. Porque ciertamente es difícil lograr abrir los ojos a la gente, pero quizás puede que sea aún más difícil volverlos a cerrar, si alguien un día logró abrírtelos.■